

se en su lectura. Al contrario, es aconsejable no pescarse enfermedad alguna recorriendo sus páginas virtuales (si bien no todas, como se ha dicho) pues, gracias a Dios, no se ha gastado papel en la edición y varios árboles se han salvado de la tala.

Juan Fernando SEGOVIA

Daniel Innerarity, *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar el siglo XXI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, 448 pp.

Vuelvo a leer un libro de Innerarity después de muchos años, casi tres décadas, desde que un profesor me facilitara su texto sobre Jürgen Habermas. Y me encuentro con un otro Innerarity, lo que no me sorprende tanto, porque aquel anterior tenía buena cabeza y este otro tiene buena fama. En el trayecto se desvió la razón en sus propias sendas y siguió la ruta de la aconsejada academia. No me lamento si él no se lamenta. Y no lo hará: *Le Nouvel Observateur* lo ha declarado uno de los veinticinco pensadores más grandes del mundo. Espero que esté también considerado dentro de los veinticinco más grandes responsables del mundo. Es justo.

Daniel Innerarity enseña filosofía política en la Universidad del País Vasco y en el Instituto Europeo de Florencia, además dirige el Instituto de Gobernanza Democrática, redacta columnas de opinión en varios periódicos peninsulares y se da tiempo para escribir cada año o dos un libro: 2015, *La política en tiempos de indignación*; 2017, *La democracia en Europa*; 2018, *Política para perplejos*; 2020, éste. Su tema, se ve, es la democracia y, también, la situación de la gente que transita por la democracia de la indignación a la perplejidad. La solución que ahora nos propone es simple: evitar la simplicidad porque no hay mal peor para la democracia que simplificarla. Por eso, pues Innerarity no es un *simplificateur*, nos arroja un texto de casi 400 páginas que nos invita a deambular en los jardines de la complejidad democrática.

Contra toda la teoría política clásica que afirmaba la ventaja de los gobiernos simples (como la monarquía) o de los complejos que eran producto de la historia y no del constitucionalismo

(como la república romana o las renacentistas); contra esa sabiduría ancestral se levanta Innerarity y nos convence que lo mejor es lo complejo, pero no lo simplemente complejo sino lo muy complejo. Me dirá con razón el bilbaíno que desde siempre se elogiaron los regímenes mixtos, y tendrá razón en el elogio salvo en un punto: la democracia no es un régimen mixto, pues en sus propias palabras es complejo, con el agravante de la complejidad que la razón pone en las cosas políticas, ya de por sí complejas.

Tiene razón el autor cuando, en la «Introducción», apunta el desfase entre nuestro aparato teórico-conceptual y la realidad democrática hodierna; tiene razón también cuando subraya que la simplificación teórica es un escapismo ideológico. Ahora bien, ¿mejorar la democracia requiere de complejizarla, tanto en los hechos como en la teoría? Esta complejización, ¿no será, me pregunto, una modalidad de simplificación, en el sentido de que «mi» esquema mental simple es capaz de atrapar y explicar la complejidad doquiera esté ella? ¿No será, rumeo para mis adentros, que estamos jugando al juego de Hegel sin que se nos diga?

Los críticos y enemigos podrán decir de Innerarity muchas cosas, pero nunca que se tonto o enteco. No, es muy inteligente y goza de fama bien ganada. Es «leído», verdaderamente erudito. Maneja el instrumento de pensar como el mejor. Pero tengo la sensación de que ha perdido la distancia requerida para estudiar y comprender el objeto bajo examen, como aconsejaban los clásicos. Porque la democracia no es una virtud teologal ni una verdad de fe; y si la convertimos en alguna de ellas, o la tratamos como si fuese, ya no la estudiamos. De historiadores o filósofos hemos devenido apologetas, aun viendo en el amado defectos y pecas. Y nada peor ubicado que la homilía en la boca del filósofo político.

El tema es así: encontrar la forma de una democracia nueva que mejore la democracia vieja, una democracia viva que se establezca tras el óbito de la otra democracia. Es la propuesta de segundo capítulo, en el que nos da una mínima receta para el reverdecer democrático, que consta de tres medicamentos: completar la democracia, no dejar elementos desconectados, esto es, sistematizarla; proteger la democracia contra la democracia (por ejemplo, la autolimitación del soberano, no dejar la democracia



sólo en manos de políticos, etc.); y sobreponerse a los malos gobernantes, apostando al sistema y su capacidad correctiva.

Al concluir este capítulo, hubo un cambio en mi ánimo. Confieso que hasta entonces lo leí con atención, desde el comienzo, y que a partir de ahora lo «entre leí» con poco entusiasmo, en tanto tragaba fojas y descubría complacencias y lugares comunes.

A partir de acá, el libro toma otra estructura: se divide en tres partes y quince capítulos más. La primera parte reza «La comprensión de la complejidad» y en cuatro secciones estudia cómo la complejidad del mundo actual afecta las democracias, analiza la complejidad desde la perspectiva epistemológica, descubre una sociología de la complejidad (en términos de contingencia, de diferenciación funcional y de interdependencia), para rematar con una política de la complejidad que lleva a pensar la democracia como régimen de la complejidad, aunque más bien es ésta la apuesta de Innerarity: que la democracia maneje el complejo mundo moderno.

La segunda parte trata cómo es «El gobierno de las sociedades complejas» en cinco capítulos que van considerando: la necesidad de una poliarquía contra las tentaciones de gobiernos unilaterales; el autogobierno contra el gobierno indirecto; una nueva administración democrática, apolítica, inteligente; una gobernanza remozada, que no mire tanto lo actual sino el futuro, una gobernanza anticipatoria que dé sostenibilidad de la democracia, no una antidemocrática; todo lo cual recalca en una instrumentación de las reformas democráticas: implementar, anticipar, negociar.

En la parte tercera Innerarity considera la gran solución: «Democratizar la democracia», que comprende seis propuestas. Primero, hacer que la democracia sea inteligible, que mejore su competitividad. Segundo, desarrollar la democracia poselectoral, esto es: transnacional, intergeneracional, paritaria y ecológica. Tercero, fortalecer la igualdad democrática (por ejemplo, aplandando las diferencias entre tecnocracia y populismo). Cuarto, instrumentar la inteligencia de la democracia, algo así como una democracia epistemológica e informática, indicios de una inteligencia colectiva, lo que nos lleva al quinto: la democracia digital porque, oh sorpresa, lo digital es lo político (¿será que

los hombres nos hemos hecho dígitos digitalizables?) Sexto, la democracia mundial, el mundo gobernado democráticamente y las democracias gobernadas mundialmente.

El libro carece de conclusiones, a Dios gracias. Yo tiendo a pensar que la defensa de la democracia que se aprecia está entre el utilitarismo y el procedimentalismo. Ingenioso y aburrido, el estudio de Innerarity es, como fui advirtiendo al correr las páginas, un altar de lugares comunes que, en lugar de ser sacrificados, son exaltados hasta las divinidades.

Juan Fernando SEGOVIA

